

# John O'Hara, el hombre ideal

Edgar Esquivel

El erotismo galopante que yace en el relato “Un hombre de confianza” de John O'Hara, pero sobre todo su subyugante final —preámbulo de un adulterio fatal— ratifican el hecho de que en la gran literatura todo resulta un cadalso latente, donde actos y pensamientos llegan a tener, con notable diferencia respecto a la vida real, el mismo rostro e incitan un fervoroso acercamiento a la narrativa breve (estadounidense en este caso), como abrevadero de símbolos renovados y sucesos anodinos que de súbito se tornan épicos, apegándose a fórmulas tan sencillas como infalibles, pero casi imposibles de lograr: diálogos preponderantes y ágiles, finales desconcertantes, ambientes perdurables, evocaciones lacerantes, rasgos sugerentes, en suma, emblemas de nuevo cuño confeccionados de tal modo que cualquier convención o innovación cabría a detalle en un western, a sabiendas, incluso, de que un western podría construirse por igual en escenarios sofisticados o agrestes. La biografía misma del explosivo John O'Hara arroja la presunta autoría de su propio epitafio: “Él, mejor que nadie, contó la verdad acerca de su época, la primera mitad del siglo XX. Fue un profesional. Escribió bien y con sinceridad”.

Aparte del hecho de que fue un creador prolífico, John O'Hara (1905-1970) supo elaborar cuentos perfectos. La adjetivación es frecuente, pero por más reiterado que sea el elogio no altera el hecho de que solamente sea un puñado de escritores, al menos americanos, a los que se les puede endilgar la común alabanza. Originario de Pottsville, Pensilvania, no sólo fue un narrador implacable, inflexible manipulador de palabras e historias, sino un obsesivo oidor, avizor atento, un



figgón de experiencias y conversaciones ajenas que al recrearlas no soslayaba los detalles esenciales —cándidos, terribles—, engranando con frialdad y precisión los sonidos, ambientes y formas de hechos cotidianos de un largo periodo de la vida americana en que parecía que todo —carencias, resentimientos, *glamour*, costumbres, fama— se mostraba sin ambages, como en un filme de época que recrea la plenitud de excesos y talentos, o los cantos característicos de cada sector social. De ese modo, O'Hara redactó cuentos a la medida de quienes inútilmente buscan algún tipo de consuelo y terminan resignándose a la crudeza de la apariencia vital. Como ocurre en su relato “Fátimas y besos”, donde el protagonista, el joven Malloy, un novel periodista, relata el origen de un homicidio múltiple en el pueblo donde creció:

Éticamente no es que pisara sobre terreno firme, pero mi ética, mi moral y mi conciencia se llevaban continuas palizas también en otros ámbitos. Las chicas, las mujeres, el amor, la teología, la política nacional y mi incontrolable temperamento me llevaban por el camino de la amargura.

Modos y humores le dieron fama a O'Hara de ser pendenciero, un ególatra

*Para Agustín Esquivel Mendoza*

insufrible, rencoroso, vicioso y dado de sí, pero talentoso y absolutamente original, quien únicamente sobre el papel fue capaz de explicar, conocer y comprender aquel mundo en blanco y negro que le importaba ver y respirar, por inclemente que fuera:

Si quieres salir de esa ciudad de todos los demonios, por Dios, escribe algo que te saque de ella. Escribe algo que corte automáticamente tus vínculos con la ciudad, que te ayude a librarte del resentimiento acumulado...

Hijo de médico, el duro John parecía predestinado a la academia (estudios de medicina en Yale), pero nunca fue lo suyo, y su genio desdoblado (capacidad, temple), le allanó el camino, después de varios oficios y traspies, hacia el periodismo y la literatura, donde dio rienda suelta a su enjundiosa y competitiva verborrea. La longeva revista *The New Yorker*, surgida en 1925, fue, al igual que para otros protagonistas de la narrativa estadounidense, su mejor plataforma y un palpable molde de su legado (O'Hara publicó en la prestigiosa publicación 274 de sus más de 400 relatos), reflejado cabalmente en la selección de 25 cuentos que componen *La chica de California y otros relatos*, los cuales constituyen un muestrario de su ambicioso ideal estético, que por supuesto tuvo eco en el mundo literario de su tiempo: “Cuando uno termina un cuento, sólo hay un modo de mejorarlo: mandando al editor a hacer puñetas”.

En los relatos cortos del autor de *Cita en Samarra* —su primer novela, elogiada y exitosa—, la voz del narrador no disputa escena alguna, permanece atrás o

adelante de lo que cuenta, sin embargo lo ve y lo controla todo —el lector no es excepción—, como un déspota que determina el ritmo de la vida, los fracasos y las esperanzas; así, los sueños frustrados, los pensamientos lastimeros, las introspecciones inútiles o las emociones encontradas son monedas de cambio en las relaciones entre personajes inquietantes —sospechosos siempre— a los que no obstante sentimos cercanos y somos propensos a indultarlos o despreciarlos con facilidad sin saber quiénes son y por qué están donde están o hacen lo que hacen. Fulleros, meretrices, actores, oficinistas, amas de casa, gente de sociedad, ilusos fracasados, inquisidores de vivencias, personas que son sólo eso y nada más; aposta-

dores de lo fugaz y el ahora, hombres y mujeres que responden con realismo, *demasiada humanidad*, a los retos menos alentadores que surgen de sus infortunios, del particular contexto social o condición moral que les determina: “Las personas no son barcos, piezas de ajedrez, flores, caballos de carreras, pinturas al óleo, botellas de champán, instrumentos musicales ni ninguna otra cosa, sino personas”. Lo marginal es una iniciación y lo material es la forma más acabada de lo espiritual. No hay *algo más*, nada de simbolismo soterrado ni magia o artificios, menos aún resquicios para la interpretación estrambótica. Como ocurre al protagonista del cuento llamado “Demasiado joven”, pervive la sensación de que la existencia es “el

preciso instante en que se quiere caminar solo y tener pensamientos que se odian y que arruinarán la vida para siempre”.

En los cuentos de O’Hara predominan el diálogo justo —no sobran o faltan expresiones, secuencias—, y las conclusiones avasallantes que descomponen la trama emotiva de lo narrado; destacan las palabras violentas y un romanticismo extraviado, además de la nula presencia de metáforas o cualquier otra floritura. Es como estar en un velorio donde las expresiones y conversaciones de los concurrentes son, sin excepción, lúcidas e impasibles, empezando por los deudos. La disección de lo que es real comienza no por la observación metódica o las deducciones lógicas sino en el coraje necesario para soportar el dolor de una verdad; qué mayor razón entonces que la que proviene de la ambición, el desamor, egoísmo o la esperanza: “Yo era un chico que hacía muchas preguntas, sobre todo si las respuestas que me daban eran razonables”.

Toda certeza es desgarradora, ése es el encanto de los relatos de John O’Hara; piezas reveladoras del día a día que atizan el lenguaje —el diálogo— de un modo singular para entender la Historia a partir de la vulgaridad o la pretensión, del encono o la soledad, de la avaricia o la astucia. No es casual que en ello descubramos la ambición proverbial del escritor que buscó ser el mejor, el único:

Los años veinte, treinta y cuarenta ya son historia, pero no puedo contentarme con dejar su narración en manos de los historiadores y editores de libros ilustrados. Quiero registrar cómo hablaba y pensaba y sentía la gente, y hacerlo con la mayor sinceridad y variedad.

Si se considera que lo auténtico es enfáticamente atípico, no habría para un escritor, de cualquier calibre, un mejor ideal. Quizás a O’Hara le disgustaba la creencia de que la trascendencia es sólo competencia de la muerte o lo divino: “La gente —los mayores— nunca sabe a qué edad empieza uno a reparar en cosas como una camioneta sin conductor, un marido ausente y una aparición con retraso, y a atar cabos”. **u**



John O’Hara